

EN TEORÍA

La aventura documental

por **Maria Martorell y Rosa Mut***

Los libros documentales son libros no sólo para leer, sino también para informarse y formarse. Proponen «otro» tipo de lectura, muy diferente al de narrativa, que exige de los jóvenes lectores un aprendizaje suplementario, y responden a unas características, formales y de contenidos, muy específicas que conviene conocer. Las autoras abordan en este artículo la problemática general del libro de conocimientos, y remarcan su importancia como elemento insustituible en la formación permanente de niños y jóvenes.



ANTONELLA MACORI

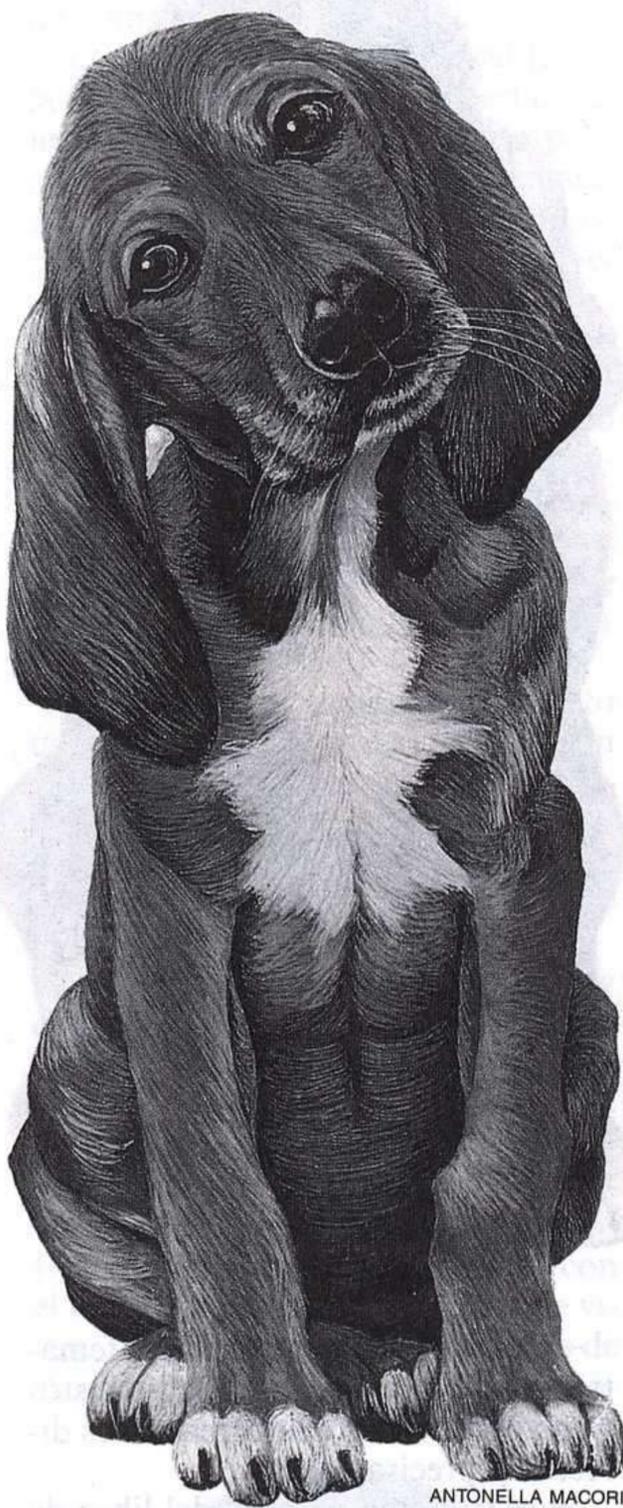
8

CLIJ10

Aunque el objetivo de este artículo no es profundizar en el análisis de la lectura en general, de chicos y chicas en edad escolar —primaria o media—, ni el de la compleja problemática que ésta conlleva, no queremos tratar un aspecto determinado de esta lectura, la documental, sin referirnos aunque sea brevemente a las cuestiones generales que el hecho de leer implica, especialmente en la infancia y la adolescencia.

Es evidente que el mundo actual, con su abundancia de medios audiovisuales, con su dependencia frenética del factor tiempo, con la necesidad casi biológica de dedicar gran parte del ocio al ejercicio físico y con la disminución progresiva de formación humanística en los programas escolares, no predispone especialmente a coger un libro o un texto para leerlo y gustarlo con calma y tranquilidad y, aunque es hartamente conocido el esfuerzo que hace la escuela para despertar y mantener el afán lector de nuestros niños y adolescentes (los editores de la llamada literatura infantil y juvenil son conscientes del beneficio que les aporta esta actitud de los maestros), somos pesimistas en cuanto a la continuidad de las lecturas iniciadas en la edad escolar, porque intuimos que esta tarea se halla amenazada por un importante handicap: la incapacidad de la sociedad para seguir propiciando una sólida afición lectora a sus individuos, puesto que ni los medios de comunicación dedican suficientes espacios para promocionar la lectura ni las instituciones se preocupan lo suficiente para que el futuro lector-estudiante-adulto encuentre, en bibliotecas o mediatecas, satisfacción a sus ansias lectoras y a su necesidad de formación e información autónoma ineludible en estos tiempos, puesto que el número de estos centros es escaso y, en general, su dotación documental insuficiente y anticuada.

Dicho esto, que sólo esboza unos temas debatidos a menudo por exper-



tos en otras ocasiones y aptos, siempre, para ser profundizados y matizados, intentaremos centrarnos en el tema que nos ha sido encomendado: las lecturas y los libros que tratan temas relativos a los conocimientos que forman, amplían y completan los programas escolares.

Otro tipo de lectura

Una premisa a tener en cuenta cuando pretendemos que los niños y los adolescentes se apasionen por los

libros de consulta, es que *han de saber leer*, y creemos necesario insistir en que saber leer pasa, además de por las novelas, cómics, escritos sociales, etcétera, por la lectura de textos de carácter científico y técnico, de manera que niños y jóvenes puedan acceder directamente a unos escritos que les conduzcan, de manera progresiva, a construir conceptos a fin de poder analizar el mundo que les rodea y a reflexionar sobre él. A menudo, la dificultad para una buena utilización de los llamados libros de consulta, de conocimientos, documentales o complementarios —y, naturalmente, los de texto— no es atribuible a ellos mismos sino a la lectura que de ellos hacen los muchachos. En general, en clase o en los momentos de lectura personal, los textos, como hemos citado anteriormente, son esencialmente narrativos. Además, y esto es importante, las ilustraciones suelen ser complementarias y ornamentales, pero poco o nada informativas. En cambio, en los libros de conocimientos la disposición tipográfica y las ilustraciones —dibujos, fotografías, esquemas, gráficos, etc.— son básicos para su buen aprovechamiento.

Para leerlos correctamente, pues, hay que aprender a hacerlo. Y ese aprendizaje no pueden hacerlo sin ayuda unos lectores en edad escolar, es decir, en formación. Es necesario un aprendizaje que los maestros y educadores no pueden obviar. Es necesario preguntarse si los niños cuentan con las referencias necesarias que les permitan acceder a la comprensión de ciertas imágenes, esquemas y maquetas. Abordar textos de la clase que nos ocupa sin un aprendizaje previo de la lectura de la imagen, sin comentar de antemano las reglas de la codificación y la decodificación, los referentes entre conceptual y figurado, significa omitir una etapa necesaria para llegar a la comprensión total del texto en cuestión.

Cuanto al texto en sí mismo, con sus maneras de decir impersonales o

pasivas, frases nominales, enunciados distintos de los textos narrativos, etc. conlleva a desarrollar unas estrategias de lectura diferentes, y su comprensión exige un cierto conocimiento y una cierta comodidad en la manipulación de estas estructuras sintácticas que le son propias. Su lectura exige una toma de conciencia de la organización interna del contenido, pero pide, también, el hábito de interpretar la organización externa habitual de unos escritos en los que cada frase, cada imagen y cada signo y disposición tipográfica cumple una función informativa imprescindible. Por eso hay que facilitar a sus lectores las estrategias de lectura pertinentes, a las que antes nos referíamos, para que puedan abordar las dificultades de comprensión que les esperan.

Debemos insistir en señalar que los chicos han iniciado sus lecturas a partir de textos narrativos y que la lectura de los textos científicos —por elementales que sean— piden otras técnicas. Técnicas que hay que aprender y que, por lo tanto, hay que enseñar.

Libros de conocimientos para niños y jóvenes

Al margen de esas consideraciones y pasando a los libros que nos ocupan, se hace difícil limitar y definir cuáles son los que cumplen las condiciones para ser considerados como «libros de conocimientos» para niños y jóvenes.

Volviendo a los libros destinados especialmente a proporcionar «conocimientos», vamos a disponer una clasificación primaria y flexible, únicamente para facilitar el hecho de hablar un poco sobre ellos. Así, podemos considerar:

- Los propiamente libros de texto.
- Los libros relacionados con los temas escolares.
- Los libros relacionados con aficiones y actividades de los niños y jóvenes.
- Los libros de tipo enciclopedia.



ANTONELLA MACORI

— Los libros narrativos cuya temática o cuyo marco geográfico o histórico aporta datos e informaciones directas y precisas.

Nuestro tema no es el del libro de texto. Pero tampoco queda muy distante de él por sus características. Por eso merece la pena reflexionar un poco sobre su realidad. Es evidente que su función parece ser la de asegurar la información específica que los programas escolares exigen y, en general, es un cometido que cumplen en mayor o menor grado. Lo que es menos general es la calidad de sus textos y la de su presentación atractiva de manera que los alumnos puedan considerarlos libros agradables para leer, releer y consultar, al margen de

las exigencias estrictamente escolares. Y es una lástima. Como lo es, también, que a menudo —y por motivos más comerciales que pedagógicos— los libros de texto se hayan convertido en fichas de trabajo que dejan muy poco o ningún margen para la iniciativa de profesores y alumnos.

Por otra parte, es natural que en un manual escolar no quepa todo lo que la edad de sus lectores les permitiría conocer y saber sobre cada tema tratado. De ahí la necesidad de unos libros que complementen los de texto, tanto para asegurar la posibilidad de realizar trabajos personales, como para satisfacer la natural curiosidad y el afán de saber más sobre determinados aspectos de las materias estudiadas que, por razones personales, interesan de una forma especial.

Libros de esta clase los hay y en cantidad, aunque no todos tienen la misma categoría ni son igualmente acertados. Por eso es necesario escoger. Escoger pide partir de unos principios claros y básicos que permitan valorar el contenido y la forma de los libros de documentación o de conocimientos antes de ponerlos al alcance de chicos y chicas.

Rasgos del libro de conocimientos

Para la valoración de un libro de conocimientos, nos parece necesario considerar:

- La validez científica de toda información contenida.
- La concreción lingüística y la claridad en la exposición.
- La precisión de los índices y la buena organización interna (relación texto-ilustración, recuadros, cuadros sinópticos, mapas, etc.).
- La buena calidad de las ilustraciones gráficas, en general.
- La exactitud y claridad de los pies de fotografías y dibujos.
- La posibilidad de realización práctica de los experimentos y ejercicios, cuando se sugieran.

— La relación de los temas tratados con otros campos de la ciencia o del conocimiento en general y con manifestaciones artísticas (textos literarios, expresión plástica, etc.).

— La relación entre lo expuesto y la realidad que viven y donde viven los posibles lectores, especialmente cuando se trata de traducciones. En este caso conviene constatar si se incluyen aspectos ajenos a nuestro entorno, o si se excluyen otros muy vinculados a él (pensamos en especies animales y vegetales, costumbres, obras de arte, clima, etc.).

— La posible acumulación de cifras, datos y estadísticas.

— La oportunidad que puedan ofrecer de contribuir a una formación crítica y a una toma de conciencia de las propias dudas de manera que favorezcan la búsqueda de criterios de selección y de comparación para elaborar soluciones propias.

— La realidad de la evolución del conocimiento humano en todos los ámbitos del saber y de la cultura.

Evidentemente, es casi imposible cerrar la relación, pero nos parece que hemos indicado los elementos de juicio más importantes para que cuando demos un libro de «conocimientos» a nuestros niños y jóvenes lo hagamos con el máximo de garantías para que puedan usarlo y disfrutarlo correctamente.

Suponiendo que aceptemos como válidas las características que nos han parecido básicas para considerar un libro como buen «libro de consulta» o documental, e incluso que añadamos otras condiciones más específicas según el tema tratado, siempre será muy difícil encontrar un libro que las cumpla todas. De ahí la dificultad de escoger. Y aún es necesario añadir que el abanico de libros de ese tipo abarca desde las edades prelectoras hasta el final del Bachillerato. Nuestra misión será, pues, saber valorar qué condiciones son más importantes en cada caso, teniendo en cuenta la edad y formación

de los lectores y la información que deseamos que hallen.

Los maestros y los responsables de las bibliotecas escolares deberían tener la oportunidad y el tiempo para conocer y estudiar a fondo el material disponible y, en algunos casos, poder contar con el consejo de especialistas sobre los distintos temas.

Ahora bien, aun de libros con deficiencias más o menos notorias, puede sacarse un buen provecho. Todo dependerá de la orientación y el consejo que procuremos a los jóvenes lectores, de cómo sepamos hacerles observar las posibles deficiencias, de cómo aprendan a cotejar, a comparar y a preguntar.

Saber escoger es esencial, puesto que aun en el mejor de los casos, un texto válido para un grupo determinado no lo será, quizá, para otros.

El caso de España

En el caso concreto de España hay que mencionar los materiales y trabajos realizados en las distintas Comunidades Autónomas —algunos realmente excelentes— que pueden representar unas herramientas muy importantes y útiles en el proceso de identificación de niños y adolescentes con el lugar donde han nacido o donde viven. Sería necesario un intercambio de estos trabajos entre las distintas Co-

munidades para que, por lo menos en las bibliotecas públicas, estuvieran al alcance de profesores y alumnos.

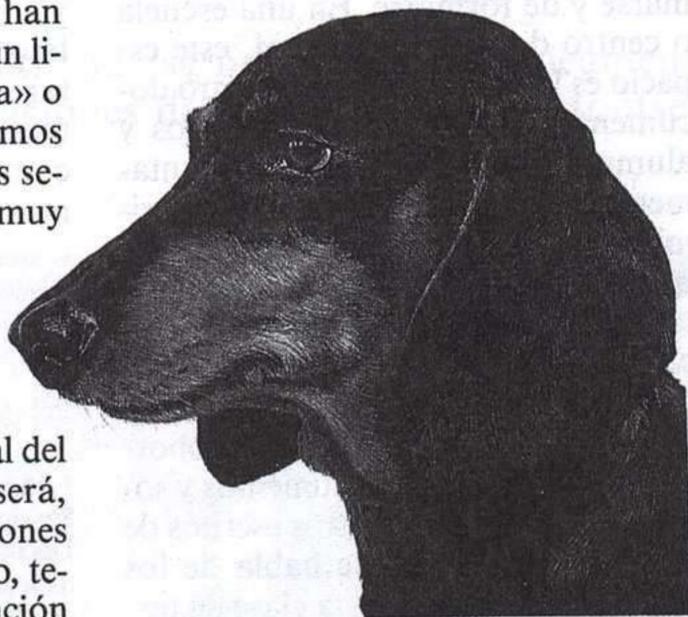
Al hablar de los distintos tipos de libros documentales, nos hemos referido a los que tratan de aficiones y actividades de niños y jóvenes más o menos relacionados con el tiempo libre. Son libros sobre excursionismo, deporte, coleccionismo, música de todo tipo, motores, etc. que pueden representar una valiosa aportación a la formación y educación integral de nuestros escolares y que ni la escuela ni la familia —elementos formadores básicos, pero no únicos— pueden olvidar.

Muchos de los criterios propuestos para la valoración de los libros de conocimientos son válidos para éstos.

Hemos mencionado también los libros de consulta de tipo enciclopedia. Es innegable su utilidad, por lo menos en algunos aspectos y en algunos casos, ya que tendremos que tener en cuenta la dificultad que entraña su consulta según sea su ordenación alfabética o temática y según sea la edad de los consultantes.

Un aspecto positivo que cabe destacar es el fomento de la concreción, aunque a veces la brevedad de sus artículos puede afectar su claridad. Otro aspecto negativo es el hecho de que a menudo se trata de traducciones no siempre adaptadas con acierto.

Queda todavía el libro de narración —sobre hechos reales o imaginarios— del que pueden desprenderse conocimientos muy diversos o del que se pueden extraer datos concretos sobre temas específicos. No nos cansaremos de decir y repetir que, por lo menos en la edad correspondiente a la escuela primaria, la lectura de estos libros se ha de dirigir sobretodo a despertar el placer y la necesidad de leer, al descubrimiento de la belleza y de la expresividad de la lengua y que el hecho de aprender algo gracias a ellos viene dado por añadidura. Con todo, es un valor que no podemos dejar de tener en cuenta aunque no se haga ex-



ANTNONELLA MACORI

plícito para los lectores. Podemos decir que viene como complemento de más a más, pero que es importante no olvidarlo al recomendar o comentar una determinada lectura.

Los medios audiovisuales

Aunque el tema de estas páginas sea el de los libros documentales, de los de saber más, dirigidos a niños y adolescentes, no podemos olvidar que en el mundo de estos jóvenes lectores hay una gran proliferación de medios audiovisuales —cada día más perfectos— que les proporcionan continuamente información. Una información que no analizaremos ni valoraremos ahora, pero que es inevitable y a veces insustituible. Por eso es preciso contar con ella y con los medios que la proporcionan. Es importante que el paso entre libro, maestro, imagen y sonido se haga con naturalidad y se aprovechen intensamente todos los medios. Lo esencial es que los niños y jóvenes no permanezcan pasivos ante ellos, especialmente ante las pantallas, ante las cuales algunos —o muchos— pasan demasiadas horas. Una vez más es cuestión de aprendizaje y de educación.

Se lee en función de intereses, objetivos y gustos variados que pueden ser radicalmente distintos de uno a otro individuo. Para que niños y jóvenes se sientan atraídos por la lectura, y adquieran el hábito de recurrir a la documentación escrita o a la que proporcionan los medios audiovisuales, es preciso presentar esta cuestión



ANTONELLA MACORI

como mensaje cultural y no como una imposición cultural. Si estamos de acuerdo con esta premisa, reconoceremos que hace falta un espacio organizado y con personal adecuado que cuente con el material necesario para satisfacer la necesidad de informarse y de formarse. En una escuela o centro docente en general, este espacio es la biblioteca como centro documental. Es allí donde maestros y alumnos, por separado o conjuntamente, pueden avanzar en el descubrimiento y el aprovechamiento de los medios de información, complementándolos con la biblioteca o mediateca públicas.

Hasta aquí unas reflexiones generales sobre la documentación proporcionada por libros y documentos y sobre éstos mismos. En otros escritos de este mismo número se habla de los distintos aspectos de esta clase de tex-

tos que constituyen un material básico si apostamos por la autoformación permanente de nuestros jóvenes. Y por esta razón, porque son básicos, exigen que se les dediquen todos los esfuerzos posibles para lograr que sean interesantes, efectivos, atractivos y convenientes para los niños y adolescentes de nuestro tiempo. Es una tarea conjunta de educadores, bibliotecarios, especialistas, editores y, como no, de la sociedad. Todos tenemos la palabra. ■

* **Maria Martorell** y **Rosa Mut** pertenecen al Servicio de Bibliotecas Escolares y Centro de Documentación y Bibliotecas del Instituto Municipal de Educación (IME) del Ayuntamiento de Barcelona.